

fuso y medroso, olvidando sus prendas de vestir, y al llegar á la salita donde dormía, empapó en agua fresca una sábana y se envolvió en ella...

VII

Luisa sufría siempre, sin lograr darse cuenta de la naturaleza verdadera de su dolor. Sufría de un modo nostálgico, recordando con sonrisas de cruel ternura los días de oro de su muerto oaristis. Sufría sin tener el consuelo de odiar á los que la hicieron daño. Sufría humillándose, creyendo que su amor había sido vencido por otro amor, en leal palestra de gracias y de caricias. Sufría como sufren las madres que han perdido á un hijo, y que se creen inútiles en la vida por carecer de lo único que las hacía vivir.

Sólo de vez en cuando, en momentos de nerviosidad exaltada, la imagen de Ofelia aparecía ante ella; aparecía desnuda é impudica, riendo con risa faunesca, con las piernas abiertas y los ojos

enrojecidos, casi fea y, sin embargo, atrayente; odiosa y dominadora, sardónica y lujuriosa, enseñando las encías, levantando los brazos, sacudiendo la áurea melena, simbolizando, en fin, la diabólica belleza de las estatuas venéreas. Aparecía llevando detrás de sí á Eugenio que se arrastraba, que gemía, que suplicaba...

Y entonces Luisa, siempre buena y siempre amante, elevaba á la ciega Providencia una oración en favor del que tanto daño la hiciera, creyendo que él también era muy desgraciado, y atribuyendo á misteriosa y cruel hechicería el arte seductor de su rival triunfante...

VIII

—¿No quieres salir, Luisita?

Una tarde, después de comer, dijo por fin que sí, por condescendencia.

Pero, ¿á dónde ir?

—Al teatro—propuso Rip.

—Más bien al circo—contestó ella.

Y fueron á los Funámbulos, con objeto de ver á las bailarinas cosmopolitas. Al entrar en la sala llena de luz y de ruido, ambos sintiéronse emocionados, como los asesinos que por malsana curiosidad vuelven al sitio en donde han cometido un crimen.

—Tengo calentura—murmuró Luisa;—es mejor que nos volvamos.

—No—repuso el clown,—ya te calmarás con una copa de champaña.

Los dos parecían tener una sed devoradora. En menos de un instante vaciaron la primera botella que un mozo les sirvió en el antepalco.

Con los ojos fijos en el escenario, sin dirigirse la palabra, mirándose apenas de vez en cuando con oblicuas y cavilosas miradas, parecían meditar en algo muy antiguo y muy solemne. La bailarina, sobre todo, mostrábase preocupada y nerviosa, cual si temiera ver surgir de pronto, entre los árboles de cartón de las tablas, á la odiosa Ofelia.

Cada cambio de decoraciones, cada mudanza de música, cada intervalo rápido, producía en el alma de la medrosa espectadora un escalofrío cruelísimo.

—¿Qué es lo que viene ahora?—preguntaba sin cesar.

Al fin se tranquilizó viendo en el programa el anuncio de las danzas cosmopolitas, que remataban el espectáculo.

—Toma—decíale Rip á cada instante, llenándole la copa de champaña.

Ella bebía inconscientemente, sin notar los efectos que el pálido vino de Ay iba produciendo en su cerebro debilitado.

La bella Torera apareció, agitando las castañuelas clásicas, marchando con petulancia, con algo de serpentino en los ademanes y mucho de salvaje en la actitud.

Un rumor admirativo llenó el espacio.

—¡Es muy linda!—murmuró Luisa.

El clown pidió una nueva botella de champaña.

En la vasta sala, todo era luz, alegría, ruido, ritmo. La sevillana retorciase en la escena ejecutando una danza llena de cadencia y de dulzura, muy

rápida, muy sensual, muy hierática; con brusquedades guerreras y con inclinaciones orientales; moviendo el vientre, las caderas y el torso; sacudiendo las enaguas en torbellino loco; arrodillándose, irguiéndose, inclinándose; siendo, en suma, la vehemencia y la armonía.

Era España.

Luego apareció Hilette, que era París, con su gracia cortesana, con su elegancia altanera, con su atrevimiento revolucionario, con su ingenuidad canallesca, con su frivolidad sensitiva, con su sinuosidad esbelta. Su cuerpo fino y flexible ondulaba, cual un mimbre de invernadero, de un modo inconscientemente artificial, y en sus pupilas pálidas las chispas no se encendían sino para morir en seguida ahogadas en una lágrima, después de haber brillado con la temblequeante rapidez de los relámpagos primaverales. Un aroma embriagador de polvos de arroz y de lilas nuevas, exhalábase de su cabellera castaña.

Los revisteros entendidos en clasificaciones de géneros, la decían *gomeuse*. Sin duda lo era, puesto que llevaba un monóculo, y decía, con impertinencias de chiquilla mal educada, lo que no debe de-

cirse. Era *gomeuse* porque no era la *romanière* que evoca sombras desvanecidas al claro de luna, porque no se cubría el rostro con la falda vertiginosa como las *chahuteuses*, porque no sabía articular con acento impecable como las *diseuses*. Era *gomeuse*, en fin, por la fuerza ineludible de la eliminación clasificadora. Mas, en realidad, era un símbolo del alma alada, bohemia, ingenua, de todo un pueblo.

Era París.

Se llamaba Colombina. De su abuela Añés había heredado el orgullo, y su madre Casandra la legó la energía. Pierrot la adoraba, porque Pierrot es la humanidad. Sus pintores se llaman Vilette, Steinen, Cheret. Su poeta, Banville. Su historiógrafo, Felicien Champsaur.

Algunos la creían muy perversa, y algunos otros muy buena. Todos tenían razón.

Porque era á la vez el pecado y el amor, la piedad y la ironía, el vicio y la inocencia. En ciertas ocasiones la ternura la obligaba á besar la cabeza de un caballo de ómnibus, y al día siguiente ninguna fibra de su sér se conmovía cuando Pierrot, loco de deseo, la acariciaba.

Más femenina que sus hermanas del Sur y del Norte, y más artista que todas las demás hijas de Eva, parecía la tentación universal.

Era París.

En seguida vino Nila.

—¿Te gusta?—preguntó Rip.

—Luisa no contestó.

Nila era de Nápoles, y era Nápoles. No era Italia. Era Nápoles. Mezettino tañía por la noche, bajo el manto azul constelado de lágrimas de plata, su mandolina doliente y suplicante. Leandro, en la esquina, la decía su canción apasionada. Ella escuchaba y sonreía sin emoción profunda, sin voluntad verdadera, ignorando si quería á Leandro ó adoraba á Mezettino, y dispuesta á entregarse, encomendándose á la Madona, al primero que se decidiera á requerirla con tiránica energía. Su cuerpo parecía delicado y frágil, pero su alma conservaba el salvajismo primitivo de las razas esclavas. En sus ojos, tallados como diamantes, con pupilas dilatadas y luminosas, no resplandecían sino las mil luces atrayentes y monótonas del cariño y del amor.

Su cerebro no necesitaba engolfarse en reflexiones complicadas, cual el de su hermana Colombina. Ni pensaba, ni deseaba, ni se quejaba. Era la resignación y la pasividad.

Al tener apenas cinco años, arrullaba á su muñeca con ternura maternal, porque algo la indicaba ya confusamente que había venido al mundo para el deber más que para el placer. La parisiense no hacía lo propio á la misma edad, pues una voz misteriosa decía que la Naturaleza la había creado para el placer más que para el deber.

Cuando estaba alegre, como entonces, bailaba la tarantela, y era ligera sin malicia, rítmica sin hie-ratismo, esbelta sin coquetería.

En sus movimientos había algo de campesino, algo de pastoral. Las chicas de Tarnagra y de Pompeya deben de haber bailado como ella, en las kermesas de la vendimia, al son de las rústicas flautas paganas.

Era la sencillez, la bondad, la alegría. Nada en ella era malsano ni enfermizo, porque la brisa de su golfo natal, que madura prematuramente los frutos dorados de los senos, impregna también el alma de simplicidad marina.

Seguía bailando. La vida es siempre corta, y la suya lo es más que la de ninguna otra. A los veinticinco años, cuando Colombina esté aún en la plenitud de su encanto sensual, ella será ya la flor marchita del invierno. Para ella no hay otoño melancólico, ni lento declive envuelto en luz que aún no se ha ido y sombras que todavía no han llegado; mas su breve primavera es un beso sin fin y una tarantela interminable.

Al fin surgió Frieda, la vienesa.

—Esta sí que tiene talento—exclamó el clown.

La bailarina parecía no oír. Con la copa en la mano y las pupilas dilatadas, seguía inmóvil en su sitio, recordando sus pasadas glorias artísticas y comparando su rítmica agilidad con la agilidad rítmica de las bailarinas cosmopolitas de los Funámbulos. En su imaginación, enardecida por el calor y el vino y exaltada por la atmósfera, sonaba una música ideal á cuyo compás todos sus nervios vibraban. El fondo bohemio de su sér despertábase al fin en ella.

Frieda principió á bailar y á cantar. Al verla re-

correr el escenario con paso medido; al verla sonreír con encantadora gracia; al admirar la caprichosa fantasía de su inmenso sombrero púrpura, la elegancia impúdica de su cortísima falda, la redondez de su pantorrilla carnosa y la delicadeza de sus tobillos; al recibir la limosna de su sonrisa invitadora y de su mirada que acariciaba; al contemplarla por primera vez, en fin, los espectadores tomábanla por una parisiense. Era una Colombina algo gorda y demasiado rubia. Sus medias de seda negra, atadas muy alto por cintas color de carne, parecían del boulevard. La ironía benévola de sus labios hacía pensar en las noches de Montmartre.

Y cuando cantaba, articulando con una precisión matemática palabras duras de una lengua incomprendible; cuando cantaba, y bailaba y se retorció formando raras espirales de danza, al ritmo de una música funambulesca, diríase que era una *girl* de Londres ejecutando un *highland-flig* canallesco.

Lo mismo que Brummel, era de Londres y de París, y unía el *chic* al *smart*.

Por eso era Viena; Viena la noble, la artista, la entusiasta; Viena de los placeres, de las tabernas doradas, de las carrozas floridas, del amor callejero;

Viena la perezosa, la antigermánica, la alucinante. Reía, y su risa sonaba con alegría de cascabeles. Reía al cantar, al bailar, al andar. Reía de los demás, y reía de sí misma. Todo en ella era alegre, fresco, incitante. Sus mejillas provocaban al mordisco, cual los melocotones maduros. Su piel era suave y tibia, como las sedas nuevas.

En su calidad de objeto de lujo, no tenía rival. La parisiense es sinuosa, es felina, y dentro de los guantes suele llevar garras de pantera. La española es violenta, y no acepta de buen grado el corral con cerco de oro. La italiana, es monótona. La inglesa, no es bella. Frieda era bella con la belleza mórbida de las queridas del Ticiano, y además picaresca, como Colombina, sin tener su alma viciosa. Al verla, los artistas sentían no ser millonarios. Les hubiese, en efecto, sido tan agradable vivir acariciados por su sonrisa, verla por los rincones del estudio estirándose, cual una gata rubia, en divanes muy bajos y muy muelles, respirar en la atmósfera saturada por el aroma de su cuerpo desnudo, hacerla bailar danzas secretas en la penumbra de las alcobas, y luego, ya muy tarde, dormirse entre sus brazos que parecían los más blandos cojines de Citera...

Frieda era Viena, Viena la veneciana, la sonriente, la señorial.

Al levantarse, al fin del espectáculo, Luisa experimentó una actividad nunca antes sentida en las piernas. En su cerebro, una legión de diminutas mariposas multicolores aleteaban ligeramente.

—No sé lo que tengo—murmuró.

Rip la dijo:

—Es el champafia.

—No; no es eso... No sé lo que es, pero sé que no es eso.

—Entonces es la vida, que vuelve.

—Tampoco...

Salieron cogidos por las manos, como dos niños.

La luna les envolvió en su tenue manto, con esa afectuosa complacencia que tiene para acariciar a todos los que sufren y a todos los que aman. Envolviólles cariñosamente, plateando sus sombras, afinando sus siluetas y haciendo más vaporosos sus ademanes.

Al lucir en el espacio, no cual un punto sobre las ias de las torres, sino como un rostro risueño

que se asomaba entre las ramas de los árboles callejeros, el astro nocturno tenía algo de clownesco y algo de vehemente. Corría hacia el horizonte, iba muy de prisa, escondíase tras las nubes claras, parpadeaba en el infinito, hufa, hufa, y en su carrera lo hacía temblar todo con un estremecimiento de ópalo fluido. Las casas temblaban; las calles se retorcan formando blancos canales; las ventanas parecían entreabrirse para dejar entrar la luz...

En las pupilas de los transeuntes brillaba una llama mortecina.

Todo, en la noche clara, hubiérase dicho que era líquido, pues la diafanidad de la blanca atmósfera diafanizaba los objetos oscuros y pesados.

Luisa refa nerviosamente, estrechando la mano de Rip-Rip y sintiendo a cada segundo un escalofrío voluptuoso.

Al llegar a la puerta de su casa, el clown quiso subirla en vilo hasta su tercer piso; mas ella se resistió, asegurando que tenía más fuerza que todo el universo.

—Mira—dijo.

Y corriendo por las escaleras, saltó de dos en dos los peldaños.

Ya en la alcoba, sintióse enajenada. Lo que estaba a su alrededor parecía extraño. La corona de áureo laurel producía un efecto tan cómico, que se le figuraba hecha para el gato.

—¿Verdad que es del gato?—preguntó.

—Sí; del gato.

—No; pero, de veras, ¿es del gato? ¿Dónde está el gato?... Eh, psit, psit... Ven acá... perezoso...

Arrodillada junto al lecho, con la guirnalda en la mano, buscaba bajo las sillas al casero animal, con objeto de coronarle.

—No quiere dormir conmigo—dijo al fin.

Luego continuó, desnudándose desordenadamente y dejando caer sus prendas de vestir sobre la alfombra:

—Yo voy a bailar mejor que todas... Mejor que Noemí... Ya verás... Y tú también vas a bailar... ¿verdad? Mira mis piernas... La izquierda es la más elástica, la más linda... Yo soy zurda de piernas... Cuando logre quedarme una hora entera sin vacilar, sin temblar... ya lo verás, Rip-Rip... Pero tú también bailarás conmigo... ¿verdad?...

El clown temblaba como un epiléptico, sintiendo que sus sienas se convertían en hormigueros y

que sus labios se secaban á medida que la chica iba apareciendo ante él en la apoteosis de su divina desnudez.

—Buenas noches—dijo tratando de irse.

Ella le detuvo.

—No, no te vayas... Verás... Voy á bailar... Recoge ese corsé para que no se manche... Vamos á bailar... ¿verdad?... Espérate que acabe de arreglarme... Noemí tiene unas camisas muy lindas, llenas de flores... Yo bailo mejor que ella... Mira...

Con los brazos levantados y la cabeza inclinada hacia adelante, principió á bailar, ya desnuda.

—¡Luisa!—gimió el clown.

Ella se echó á reír. Todo su cuerpo, formado de líneas curvas, de mórbidas redondeces, de blandas ondulaciones carnales, vibraba al compás de un aire en voz baja tarareado. Sus pechos, firmes y erguidos, oscilaban armoniosamente. En las crispaciones simétricas de sus muslos, había una energía febril que, deteniendo de vez en cuando el vaivén

del torso, la obligaba á permanecer inmóvil durante algunos segundos. A través de su piel de raso blanco, veíase la agitación enfermiza de los tendones... Bailaba..

De pronto, cegado por el deseo, Rip-Rip se precipitó sobre ella.

Al sentirse enlazada por brazos masculinos, Luisa suspiró con voz desfallecida, cerrando los ojos y abandonándose por completo:

—Eugenio... Eugenio de mi alma... Mi Eugenio... ¿Verdad que no es cierto?... ¿Qué no me has engañado?... ¿Que eres mío?...

El clown la tapó brutalmente la boca con sus labios hambrientos de besos.

París, Enero-Junio de 1899.

FIN

